

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN



ELLA era tan pura, casta y honesta, que jamás, ni enloquecida mi mente, hubiera podido concebir una deslealtad.

Una noche llegué de improviso a casa. Entré a la alcoba y la vi en la cama junto a un hombre. Al principio pensé que podía tratarse de un amigo mío, que tenía frío (era el mes de enero) y habían elegido aquel lugar como el más propicio para una sana conversación. Pero pronto deseché la idea, ya que no hablaban de nada. Tampoco esto me extrañó sobre manera, ya que ella era poco elocuente, y él bien podía ser un mudo. Encendí un cigarrillo y los miré fijamente en silencio. Ella seguía callada, y él le hablaba quedamente al oído. ¡Caramba!, me dije, no es un amigo, porque no reconozco su voz. Y tampoco el frío los había llevado a tal situación, puesto que estaban completamente desnudos. Me aproximé lentamente, hasta sentarme en un pico de la cama. El estaba sobre ella de cúbito prono, nariz sobre nariz.

Y aquí estaba la explicación de todo. Un día antes, a ella se le había metido una mota en un ojo, cuando yo me marchaba al trabajo, y no me quedaba tiempo para atenderla. Sin duda ese hombre era un oftalmólogo que la estaba ayudando a extraer la molesta partícula del ojo.

Salí despacio, sin hacer el menor ruido, de la estancia, al tiempo que un gran suspiro de alivio se escapaba de mi pecho.

Cuando regresé de nuevo, horas más tarde, ella estaba sudorosa y con una mirada profundamente brillante. La besé apasionadamente y bendije el nombre de aquel desconocido benefactor.

Lo que nunca llegué a comprender, es por qué, para sacar una mota de un ojo, había que quitarse la ropa. Pero pronto lo olvidé, y quedé sumido en un profundo sueño, no sin antes haber comprendido lo terrible que es el que, en algunas ocasiones, las apariencias engañan.

Cuando por la mañana me desperté, ella, aún semidormida, murmuraba una palabra: Antonio, Antonio... ¡El nombre, naturalmente, del oftalmólogo!

Y es que ella, además de pura, casta y honesta, también es agradecida. ■ COLL.